



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



V – La traición de los emires 10 – En ayuda de la Ciudad Santa

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2019

Número de páginas: 5

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

info@cedcs.eu

10 – En ayuda de la Ciudad Santa



Los musulmanes que pudieron huir, tras la conquista de la ciudad, se fueron a toda prisa hasta El Cairo, en donde, al llegar, enviaron una delegación al Consejo, y con unos gritos y lamentos que partían el alma anunciaron la toma de Jerusalén al rey El-Sâleh Ayyûb, contándole también las masacres y saqueos que habían sufrido durante la toma.

- ¡Sólo en Dios reside la Fuerza y el Poder, el Altísimo, el Todopoderoso! –exclamó el rey ante esta información. Luego, volviéndose hacia los prohombres del reino y sus altos dignatarios, declaró:

- ¡Todo lo que ha sucedido ya había sido decretado por la voluntad de Dios! Y vosotros, ¿qué pensáis de todo este asunto? ¿A quién deberíamos enviar allí para librar a Jerusalén de ese maldito Sarjawîl e infligirle el castigo que se merece? Porque esta vez ha sobrepasado los límites; él, y el que oculto anda detrás y es el origen de esta nueva agresión. Pero no; ese no pierde nada por esperar; su hora le llegará, y ya verá lo que habrá de ver... ¿No es así, cadí *efendi*? Porque tú; sí, tú, estás al corriente de todo este fiasco, ¿eh?

- Sin duda, ¡oh señor nuestro! –respondió el cadí con aplomo–. Pero, mientras tanto, no veo a otro que no sea nuestro querido hijo Baïbars, como único candidato para llevar a buen puerto esa tarea ¡y cortarle el cuello a ese hipócrita, a ese pagano!

- Por Dios, que así será –asintió el rey–. Tenemos que enviar a nuestro hijo querido.

Entonces, Baïbars se levantó y, después de inclinarse hasta tocar el suelo, en señal de respeto, afirmó:

- Yo me encargo de esta misión, oh, Comendador de los creyentes y, si Dios quiere, bajo el manto de tu altísima protección y de tus plegarias liberaré Jerusalén de ese infame de Sarjawîl. Pero sólo llevaré conmigo a mis tropas personales y a mis hombres.

- De acuerdo. Shâhîn, redacta un *jatt-e sharîf*¹ confiándole Jerusalén: cuando la haya liberado, él la gobernará, en lugar de Ibn El-Qaymari, con plenos poderes, y sin posibilidad de réplica alguna.

El visir redactó en el acto un firman del sultanato, conforme a las disposiciones legales, con el sello y firma del rey, tal y como le había ordenado el servidor de los Santos Lugares, y se lo entregó a Baïbars. El rey mandó que le invistieran con un valiosísimo caftán de honor, y le concedió un plazo de siete días para que hiciera todos los preparativos; luego le dio permiso para marcharse, no sin antes haberle bendecido y rogado a Dios que le concediera la victoria sobre sus enemigos.

Baïbars se fue a su palacio, se encerró en su habitación, y sin darse un respiro escribió una carta para el capitán El-Horâni, en la que le informaba de los últimos acontecimientos y le rogaba que le ayudara a liberar Jerusalén de Sarjawîl El-Mahri. Selló la misiva y se la entregó a uno de sus hombres, que montó en el acto en su cabalgadura, dirigiéndose hacia el Horân.

Luego, Baïbars ordenó a sus hombres que se prepararan para ponerse en marcha en siete días, y mientras tanto que fueran levantando extramuros las tiendas del campamento. Al octavo día, montó en su caballo y salió de el Cairo, tomando la ruta de Jerusalén, y seguido de sus hombres que sacaban pecho con aire marcial.

Y al tiempo que Baïbars dejaba El Cairo, su mensajero llegaba a su destino. Se presentó ante el capitán El-Horâni, le saludó, besándole la mano, y le entregó la carta. El-Horâni la cogió, rompió el sello, y leyó el mensaje que ya os conté antes. El capitán Hasan le garantizó al mensajero su obediencia a Baïbars, y ordenó también que avisaran al capitán Dibl El-Baysâni y a los otros capitanes Ismailíes de la región. Los reunió a todos ellos en su fortaleza para deliberar, y les expuso la situación, mostrándoles la carta que había recibido de Baïbars.

- ¡Pues vaya una cosa! –respondieron todos a una– ¡Eso es una minucia para nosotros! ¡Vayamos a librar la ciudad de ese perrillo ladrador de Sarjawîl y a liquidar a toda su descendencia de la faz de la tierra!

Tomada esta decisión, escogieron de entre sus hombres a cuatrocientos *fidauis* de los más temibles, los disfrazaron con el sayo y la capucha de los francos, y los enviaron a Jerusalén en pequeños grupos. Entraron en la ciudad y se dispersaron por todos los rincones; diez de ellos se infiltraron incluso, entre los desesperados del Kesrawân y del Monte-Líbano, al servicio de la mismísima casa de Sarjawîl. Y todos permanecieron ocultos en sus escondrijos, hasta nueva orden.

Poco después, el emir Baïbars llegó a la cabeza de sus tropas; montaron el campamento, enarbolaron los estandartes y los soldados se retiraron a descansar en sus tiendas. Baïbars se mantuvo en vela hasta la media noche, y ya se estaba preparando

¹ En turco: “decreto real”. Este término, que pertenece a la terminología administrativa otomana, aquí parece un anacronismo.

para acostarse, cuando de pronto, vio entrar en su tienda a un gigantesco *fidaii* con gran estruendo y entrechocar de aceros.

- ¡*Jawand*! aquí te traemos al *babb* Sarjawîl! –comunicó el recién llegado, arrojando a los pies de Baïbars un cofre que llevaba a sus espaldas—. Ahora solo queda que avises a tus soldadillos de que estén alertas y que, en cuanto escuchen el grito de ¡*Allah akbar!* a la puerta de la ciudad, carguen como un solo hombre y rematen a los enemigos; porque además, contarán con la ayuda de todos mis primos, infiltrados entre el servicio de ese perrillo del Sarjawîl. Y en lo que se refiere a mi persona, te recuerdo que yo soy El Caballero sin Nombre, así que pásame rápido, como de costumbre, una notita tuya.

Baïbars, divertido, le redactó la nota prometida, con efecto desde el día en que él fuera proclamado rey; aún no sabía qué admirar más de ese hombre, si su valentía, o su extraña forma de coleccionar aquellas pequeñas notas...

Convocó Baïbars a sus oficiales y les ordenó que despertaran a sus hombres y les mantuvieran preparados para el ataque en cuanto oyeran el grito de guerra en la puerta de la ciudad. Estos se pusieron a ello, pero aún no habían acabado de despertarse, cuando escucharon gritos en la puerta de Hebrón, de modo que cargaron también a la señal de “¡Allah ‘akbar!” y, al encontrar la puerta abierta, penetraron en el recinto amurallado.

En la ciudad, en cada puerta, los sables cantaban su canto de muerte al abatirse sobre las cabezas. Los cuerpos de los enemigos se amontonaban en el polvo, y sobre ellos resonaba el ulular de la lechuza y el graznido del cuervo, pregoneros de la derrota y de la ruina. La batalla es como una insaciable hoguera bebiendo la sangre de los guerreros.

Y cuando se hizo de día, el sol, iluminando las tierras del mundo, dejó ver por toda la ciudad un terrible espectáculo. Por todas partes se amontonaban los cadáveres, que ya comenzaban a arrojar un pútrido hedor; pues la mayor parte de los enemigos habían hallado la muerte, y los demás, habían sido apresados o se habían dado a la fuga.

El emir Baïbars hizo entonces su entrada en la ciudad. Salió Ibn El-Qaymari de su escondite, junto con los prohombres que se habían ocultado con él; tras lo cual, Baïbars recompensó generosamente a los *fidais*, les dio las gracias por su ayuda calurosamente, elogiando su valentía y habilidad, y les entregó parte del botín; muy satisfechos, le desearon larga y gloriosa vida, luego se despidieron y se marcharon, con el corazón pletórico de gratitud hacia Baïbars y cantando sus alabanzas.

Dos días más tarde, el emir Baïbars reunió su Consejo en sesión plenaria y, ante los notables y dignatarios de la ciudad, dio lectura al firman que le nombraba gobernador de Jerusalén. Su autoridad, así establecida, hizo proclamar el fin del estado de guerra, animando a los habitantes a emprender de nuevo sus actividades cotidianas, y a vivir en paz unos con otros, y les gobernó con una tal equidad e imparcialidad, como jamás se había visto antes actuar a sus predecesores. Y al *babb* Sarjawîl, mandó que le encerraran en las mazmorras, en donde pudiera disfrutar a gusto de su amargura y humillación.

